

cumplir la palabra que á la señora Cornelia vuestra hermana tiene dada, ó lo ménos nos ha de dar tiempo de buscarla, y hasta que de cierto se sepa que es muerta, él no ha de casarse. Yo estoy dese parecer mismo, respondió Lorenzo. Pues del mismo estará mi camarada D. Antonio, replicó D. Juan. En esto entró por la sala adelante Cornelia en medio del cura y del duque, que la traía de la mano, detras de los cuales venían Sulpicia la doncella de Cornelia, que el duque había enviado por ella á Ferrara, y las dos amas, la del niño y la de los caballeros. Cuando Lorenzo vió á su hermana, y la acabó de refigurar y conocer, que al principio la imposibilidad á su parecer de tal suceso no le dejaba enterar en la verdad, tropezando en sus mismos piés, fué á arrojarse á los del duque, que le levantó, y le puso en los brazos de su hermana: quiero decir, que su hermana le abrazó con las muestras de alegría posibles. D. Juan y D. Antonio dijeron al duque, que había sido la mas discreta y mas sabrosa burla del mundo. El duque tomó al niño, que Sulpicia traía, y dándosele á Lorenzo, le dijo: Recibid, señor hermano, á vuestro sobrino y mi hijo, y ved si quereis darme licencia que me case con esta labradora, que es la primera á quien he dado palabra de casamiento. Sería nunca acabar contar lo que respondió Lorenzo, lo que preguntó D. Juan, lo que sintió D. Antonio, el regocijo del cura, la alegría de Sulpicia, el contento de la consejera, el júbilo del ama, la admiración de Fabio, y finalmente el general contento de todos. Luego el cura los desposó, siendo su padrino don Juan de Gamboa: y entre todos se dió traza que aquellos desposorios estuviesen secretos hasta ver en qué paraba

la enfermedad, que tenía muy al cabo á la duquesa su madre, y que en tanto la señora Cornelia se volviese á Bolonia con su hermano. Todo se hizo así: la duquesa murió, Cornelia entró en Ferrara alegrando al mundo con su vista, los lutos se volvieron en galas, las amas quedaron ricas, Sulpicia por mujer de Fabio, D. Antonio y D. Juan contentísimos de haber servido en algo al duque, el cual les ofreció dos primas suyas por mujeres con riquísima dote. Ellos dijeron que los caballeros de la nación vizcaína por la mayor parte se casaban en su patria; y que no por menosprecio, pues no era posible, sino por cumplir su loable costumbre y la voluntad de sus padres, que ya los debían de tener casados, no aceptaban tan ilustre ofrecimiento. El duque admitió su disculpa, y por modos honestos y honrosos, y buscando ocasiones lícitas, les envió muchos presentes á Bolonia, y algunos tan ricos y enviados á tan buena sazón y coyuntura, que aunque pudieran no admitirse por no parecer que recibían paga, el tiempo en que llegaban lo facilitaba todo: especialmente los que les envió al tiempo de su partida para España, y los que les dió cuando fuéron á Ferrara á despedirse dél, y hallaron á Cornelia con otras dos criaturas hembras, y al duque mas enamorado que nunca. La duquesa dió la cruz de diamantes á D. Juan, y el *agnus* á D. Antonio, que sin ser poderosos á hacer otra cosa, las recibieron. Llegaron á España y á su tierra, adonde se casaron con ricas, principales y hermosas mujeres, y siempre tuvieron correspondencia con el duque y la duquesa, y con el señor Lorenzo Bentibolli con grandísimo gusto de todos.

EL CASAMIENTO ENGAÑOSO.

SALIA del hospital de la Resurrección, que está en Valladolid, fuera de la puerta del Campo, un soldado que por servirle su espada de báculo, y por la flaqueza de sus piernas y amarillez de su rostro, mostraba bien claro que, aunque no era tiempo muy caluroso, debía de haber sudado en veinte dias todo el humor que quizá granjeó en una hera: iba haciendo pinitos, y dando traspiés como convaleciente; y al entrar por la puerta de la ciudad, vió que hacía él venía un su amigo, á quien no había visto en mas de seis meses, el cual santiguándose, como si viera alguna mala vision, llegándose á él le dijo: ¿Qué es esto, señor alférez Campuzano? ¿Es posible que está vuesa merced en esta tierra? ¿Como quien soy, que le hacia en Flándes, ántes terciando allá la pica, que arrastrando aquí la espada! ¿Qué color, qué flaqueza es esa? A lo cual respondió Campuzano: A lo si estoy en esta tierra, ó no, señor licenciado Peralta, el verme en ella le responde: á las demas preguntas no tengo que decir, sino que salgo de aquel hospital de sudar catorce cargas de bubas que me echó á cuestras una mujer que escogí por mía, que no debiera. Luego ¿casóse vuesa merced? replicó Peralta. Sí, señor, respondió Campuzano. Sería por amores, dijo Peralta, y tales casamientos traen consigo aparejada la ejecución del arrepentimiento. No sabré decir si fué por amores, respondió el alférez, aunque sabré afirmar que fué por dolores, pues

de mi casamiento ó cansamiento, saqué tantos en el cuerpo y en el alma, que los del cuerpo para entretenerlos me cuestan cuarenta sudores, y los del alma no hallo remedio para aliviarlos siquiera; pero porque no estoy para tener largas pláticas en la calle, vuesa merced me perdone, que otro dia con mas comodidad le daré cuenta de mis sucesos, que son los mas nuevos y peregrinos que vuesa merced habrá oido en todos los dias de su vida. No ha de ser así, dijo el licenciado, sino que quiero que venga conmigo á mi posada, y allí harémos penitencia juntos, que la olla es muy de enfermo; y aunque está tasada para dos, un pastel suplirá con mi criado, y si la convalecencia lo sufre, unas lonjas de jamon de Rute nos harán la salva, y sobre todo la buena voluntad con que lo ofrezco, no solo esta vez, sino todas las que vuesa merced quisiere. Agradecióselo Campuzano, y aceptó el convite y los ofrecimientos. Fuéron á San Lorenzo, oyeron misa, llevóle Peralta á su casa, dióle lo prometido, y ofrecióselo de nuevo, y pidióle en acabando de comer, le contase los sucesos que tanto le habia encarecido. No se hizo de rogar Campuzano, ántes comenzó á decir desta manera.

Bien se acordará vuesa merced, señor licenciado Peralta, cómo yo hacia en esta ciudad camarada con el capitán Pedro de Herrera, que ahora está en Flándes. Bien me acuerdo, respondió Peralta. Pues un dia, pro-

siguió Campuzano, que acabamos de comer en aquella posada de la Solana, donde vivíamos, entraron dos mujeres de gentil parecer con dos criadas: la una se puso á hablar con el capitán en pié, arrimados á una ventana; y la otra se sentó en una silla junto á mí, derribado el manto hasta la barba, sin dejar ver el rostro mas de aquello que concedía la raridad del manto; y aunque le supliqué por cortesía me hiciese merced de descubrirse, no fué posible acabarlo con ella, cosa que me encendió mas el deseo de verle; y para acrecentarle mas, ó ya fuese de industria, ó acaso, sacó la señora una blanca mano, con muy buenas sortijas: estaba yo entónces bizarrísimo, con aquella gran cadena que vuesa merced debió de conocerme, el sombrero con plumas y cintillo, el vestido de colores á fuer de soldado, y tan gallardo á los ojos de mi locura, que me daba á entender que las podía matar en el aire: con todo esto le rogué que se descubriese. A lo que ella me respondió: No seáis importuno, casa tengo, haced á un paje que me siga, que aunque soy mas honrada de lo que me promete esta respuesta, todavía á trueco de ver si responde vuestra discreción á vuestra gallardía, holgaré de que me veais mas despacio. Beséle las manos por la grande merced que me hacia, en pago de la cual le prometí montes de oro. Acabó el capitán su plática. Ellas se fuéron: siguiólas un criado mio. Díjome el capitán que lo que la dama le quería era que le llevase unas cartas á Flándes á otro capitán, que decia ser su primo; aunque él sabía que no era, sino su galán. Yo quedé abrasado con las manos de nieve que había visto, y muerto por el rostro que deseaba ver; y así otro dia, guiándome mi criado, dióseme libre entrada. Hallé una casa muy bien aderezada, y una mujer de hasta treinta años, á quien conocí por las manos: no era hermosa en extremo, pero éralo de suerte, que podía enamorar comunicada, porque tenía un tono de habla tan suave, que se entraba por los oídos en el alma. Pasé con ella luengos y amorosos coloquios: blasoné, hendi, rajé, ofrecí, prometí y hice todas las demostraciones que me pareció ser necesarias para hacerme bienquisto con ella; pero como ella estaba hecha á oír semejantes ó mayores ofrecimientos y razones, parecía que les daba atento oído, ántes que crédito alguno. Finalmente, nuestra plática se pasó en flores cuatro dias que continué en visitalla, sin que llegase á coger el fruto que deseaba: en el tiempo que la visité, siempre hallé la casa desembarazada, sin que viese visiones en ella de parientes fingidos, ni de amigos verdaderos: servíala una moza mas taimada que simple: finalmente, tratando mis amores como soldado, que está vispera de mudar, apuré á mi señora D.^a Estefanía de Caicedo (que este es el nombre de la que así me tiene), y respondiéndome: Señor alférez Campuzano, simplicidad sería, si yo quisiese venderme á vuesa merced por santa; pecadora he sido, y aun ahora lo soy; pero no de manera que los vecinos me murmuren, ni los apartados me noten: ni de mis padres ni de otro pariente heredé hacienda alguna, y con todo esto vale el menaje de mi casa bien válidos, dos mil y quinientos ducados; y estos en cosas, que puestas en almoneda, lo que se tardare en ponellas, se tardará en convertirse en dineros: con esta hacienda busco marido á quien entregarme, y á quien tener obediencia; á quien juntamente con la enmienda de mi vida, le entregaré una increíble solicitud de regalarle y

servirle; porque no tiene príncipe cocinero mas goloso, ni que mejor sepa dar el punto á los guisados, que le sé dar yo, cuando mostrando ser casera, me quiero poner á ello: sé ser mayordomo en casa, moza en la cocina y señora en la sala: en efecto sé mandar, y sé hacer que me obedezcan: no desperdicio nada, y allego mucho: mi real no vale ménos, sino mucho mas, cuando se gasta por mi orden: la ropa blanca que tengo, que es mucha y muy buena, no se sacó de tiendas ni lenceros; estos pulgares y los de mis criadas la hilaron, y si pudiera tejerse en casa, se tejiera: digo estas alabanzas mías, porque no acarrear vituperio, cuando es forzosa la necesidad de decirlas: finalmente quiero decir, que yo busco marido que me ampare, me mande y me honre, y no galan que me sirva y me vitupere: si vuesa merced gustare de aceptar la prenda que se le ofrece, aquí estoy moliente y corriente, sujeta á todo aquello que vuesa merced ordenare, sin andar en venta, que es lo mismo andar en lenguas de casamenteros, y no hay ninguno tan bueno para concertar el todo, como las mismas partes. Yo, que tenía entónces el juicio no en la cabeza, sino en los carcañales, haciéndome el deleite en aquel punto mayor de lo que en la imaginacion le pintaba, y ofreciéndome tan á la vista la cantidad de hacienda, que ya la contemplaba en dineros convertida, sin hacer otros discursos de aquellos á que daba lugar el gusto que me tenía echados grillos al entendimiento, le dije que yo era el venturoso y bienafortunado en haberme dado el cielo casi por milagro tal compañera para hacerla señora de mi voluntad y de mi hacienda, que no era tan poca, que no valiese con aquella cadena que traía al cuello, y con otras joyuelas que tenía en casa, y con deshacerme de algunas galas de soldado, mas de dos mil ducados, que juntos con los dos mil y quinientos suyos, era suficiente cantidad para retirarnos á vivir á una aldea de donde yo era natural, y adonde tenía algunas raíces, hacienda tal, que sobrellevada con el dinero, vendiendo los frutos á su tiempo, nos podía dar una vida alegre y descansada: en resolución, aquella vez se concertó nuestro desposorio, y se dió traza como los dos hiciésemos informacion de solteros, y en los tres dias de fiesta, que vinieron luego juntos en una pascua, se hicieron las amonestaciones, y al cuarto dia nos desposamos, hallándose presentes al desposorio dos amigos míos, y un mancebo que ella dijo ser primo suyo, á quien yo me ofrecí por pariente con palabras de mucho comedimiento, como lo habían sido todas las que hasta entónces á mi nueva esposa había dado, con intencion tan torcida y traidora que la quiero callar, porque aunque estoy diciendo verdades, no son verdades de confesion, que no pueden dejar de decirse: mudó mi criado el baul de la posada á casa de mi mujer: encerré en él delante della mi magnífica cadena: mostréle otras tres ó cuatro, si no tan grandes, de mejor hechura, con otros tres ó cuatro cintillos de diversas suertes: hícele patentes mis galas y mis plumas, y entreguéle para el gasto de casa hasta cuatrocientos reales que tenía. Seis dias gocé del pan de la boda, espaciándome en casa como el yerno ruin en la del suegro rico: pisé ricas alfombras, ajé sábanas de Holanda, alumbréme con candeleros de plata, almorzaba en la cama, levantábame á las once, comía á las doce, y á las dos sesteaba en el estrado; bailábame D.^a Estefanía y la moza el agua delante; mi

trajo

mozo, que hasta allí le había conocido perezoso y lerdo, se había vuelto un corzo; el rato que D.^a Estefanía faltaba de mi lado, la habían de hallar en la cocina toda solícita en ordenar guisados que me despertasen el gusto y me avivasen el apetito; mis camisas, cuellos y pañuelos eran un nuevo Aranjuez de flores, según oían, bañados en la agua de ángeles y de azahar, que sobre ellos se derramaba.

Pasáronse estos días volando, como se pasan los años que están debajo de la jurisdicción del tiempo; en los cuales días por verme tan regalado y tan bien servido, iba mudando en buena la mala intención con que aquel negocio había comenzado; al cabo de los cuales, una mañana (que aun estaba con D.^a Estefanía en la cama) llamaron con grandes golpes á la puerta de la calle. Asómose la moza á la ventana, y quitándose al momento, dijo: ¡Oh, que sea ella la bien venida! ¿Han visto y cómo ha venido mas presto de lo que escribí el otro día? ¿Quién es la que ha venido, moza? le pregunté. ¿Quién? respondió ella, es mi señora D.^a Clementa Bueso, y viene con ella el señor D. Lope Melendez de Almendarez, con otros dos criados, y Hortigosa, la dueña que llevó consigo. Corre, moza, bien haya yo, y ábreles, dijo á este punto D.^a Estefanía; y vos, señor, por mi amor, que no os alboroteis ni respondais por mí á ninguna cosa que contra mí oyéredes. Pues ¿quién ha de decir cosa que os ofenda, y mas estando yo delante? decidme qué gente es esta, que me parece que os ha alborotado su venida. No tengo lugar de responderos, dijo D.^a Estefanía; solo sabed que todo lo que aquí pasare es fingido, y que tira á cierto designio y efecto que despues sabréis. Y aunque quisiera replicarle á esto, no me dió lugar la señora D.^a Clementa Bueso, que se entró en la sala, vestida de raso verde prensado, con muchos pasamanos de oro, capotillo de lo mismo y con la misma guarnición, sombrero con plumas verdes, blancas y encarnadas, y con rico cintillo de oro, y con un delgado velo cubierto la mitad del rostro. Entró con ella el señor D. Lope Melendez de Almendarez, no ménos bizarro, que ricamente vestido de camino. La dueña Hortigosa fué la primera que habló, diciendo: ¡Jesus! ¿Qué es esto? ¡Ocupado el lecho de mi señora D.^a Clementa, y mas con ocupación de hombre! milagros veo hoy en esta casa: á fe que se ha ido bien del pié á la mano la señora D.^a Estefanía, fiada en la amistad de mi señora. Yo te lo prometo, Hortigosa, replicó D.^a Clementa; pero yo, yo me tengo la culpa: ¡que jamas escarmiente yo en tomar amigas, que no lo saben ser sino es cuando les viene á cuento! A todo lo cual respondió D.^a Estefanía: No recibas vuesa merced pesadumbre, mi señora D.^a Clementa Bueso, y entienda que no sin misterio ve lo que ve en esta su casa, que cuando lo sepa, yo sé que quedará disculpada y vuesa merced sin ninguna queja. En esto ya me había puesto yo en calzas y en jubon, y tomándome D.^a Estefanía por la mano, me llevó á otro aposento, y allí me dijo, que aquella su amiga quería hacer una burla á aquel D. Lope que venía con ella, con quien pretendía casarse, y que la burla era darle á entender que aquella casa y cuanto estaba en ella era todo suyo, de lo cual pensaba hacerle carta de dote; y que hecho el casamiento, se le daba poco que se descubriese el engaño, fiada en el grande amor que el D. Lope la tenía, y luego se me volverá lo que es mio, y no se le tendrá á mal á

ella ni á otra mujer alguna, de que procure buscar marido honrado, aunque sea por medio de cualquier embuste. Yo le respondí que era grande extremo de amistad el que quería hacer, y que primero se mirase bien en ello, porque despues podría ser tener necesidad de valerse de la justicia para cobrar su hacienda. Pero ella me respondió con tantas razones, representando tantas obligaciones que la obligaban á servir á D.^a Clementa, aun en cosas de mas importancia, que mal de mi grado y con remordimiento de mi juicio hube de condescender con el gusto de D.^a Estefanía; asegurándome ella que solos ocho días podía durar el embuste, los cuales estaríamos en casa de otra amiga suya. Acabámonos de vestir ella y yo, y luego entrándose á despedir de la señora D.^a Clementa Bueso y del señor D. Lope Melendez de Almendarez, hizo á mi criado que se cargase el baul, y que la siguiese, á quien yo tambien seguí, sin despedirme de nadie.

Paró D.^a Estefanía en casa de una amiga suya, y ántes que entrásemos dentro, estuvo un buen espacio hablando con ella, al cabo del cual salió una moza, y dijo que entrásemos yo y mi criado. Llevónos á un aposento estrecho, en el cual había dos camas tan juntas que parecían una, á causa que no había espacio que las dividiese, y las sábanas de entrambas se besaban. En efecto, allí estuvimos seis días, y en todos ellos no se pasó hora que no tuviésemos pendencia, diciéndole la necesidad que había hecho en haber dejado su casa y su hacienda, aunque fuera á su misma madre. En esto iba yo y venía por momentos, tanto, que la huéspeda de casa un día que D.^a Estefanía dijo que iba á ver en qué término estaba su negocio, quiso saber de mí qué era la causa que me movía á reñir tanto con ella, y qué cosa había hecho que tanto se la afeaba, diciéndole que había sido necesidad notoria, mas que amistad perfecta. Contéle todo el cuento, y cuando llegué á decir que me había casado con D.^a Estefanía, y la dote que trujo, y la simplicidad que había hecho en dejar su casa y hacienda á D.^a Clementa, aunque fuese con tan sana intención, como era alcanzar tan principal marido como D. Lope, se comenzó á santiguar y hacerse cruces con tanta priesa, y con tanto ¡Jesus, Jesus, de la mala hembra! que me puso en gran turbación, y al fin me dijo: Señor alférez, no sé si voy contra mi conciencia en descubriros lo que me parece que tambien la cargaria, si lo callase; pero á Dios y á ventura, sea lo que fuere, viva la verdad, y muera la mentira. La verdad es, que D.^a Clementa Bueso es la verdadera señora de la casa y de la hacienda de que os hicieron la dote: la mentira es todo cuanto os ha dicho D.^a Estefanía, que ni ella tiene casa, ni hacienda, ni otro vestido del que trae puesto; y el haber tenido lugar y espacio para hacer este embuste, fué que D.^a Clementa fué á visitar unos parientes suyos á la ciudad de Plasencia, y de allí fué á tener novenas en Nuestra Señora de Guadalupe, y en este entre tanto dejó en su casa á doña Estefanía que mirase por ella, porque en efecto son grandes amigas; aunque bien mirado, no hay que culpar á la pobre señora, pues ha sabido granjear á una tal persona, como la del señor alférez por marido. Aquí dió fin á su plática, y yo di principio á desesperarme, y sin duda lo hiciera, si tantico se descubriera el ángel de mi guarda en socorrerme, acudiendo á decirme en el corazón que mirase qué era cristiano, y que el mayor pe-

cado de los hombres era el de la desesperación, por ser pecado de demonios. Esta consideración, ó buena inspiración, me confortó algo; pero no tanto que dejase de tomar mi capa y espada, y salir á buscar á D.^a Estefanía, con presupuesto de hacer en ella un ejemplar castigo; pero la suerte, que no sabré decir si mis cosas empeoraba ó mejoraba, ordenó que en ninguna parte donde pensé hallar á D.^a Estefanía, la hallase: fuíme á San Lorente, encomendéme á Nuestra Señora, sentéme sobre un escaño, y con la pesadumbre me tomé un sueño tan pesado, que no despertara tan presto, si no me despertaran: fui lleno de pensamientos y congojas á casa de D.^a Clementa, y halléla con tanto reposo como señora de su casa; no le osé decir nada, porque estaba el señor D. Lope delante: volví en casa de mi huéspeda, que me dijo haber contado á D.^a Estefanía, cómo yo sabía toda su maraña y embuste, y que ella le preguntó qué semblante había yo mostrado con tal nueva, y que le había respondido que muy malo, y que á su parecer había salido yo con mala intención y con peor determinación á buscarla; díjome finalmente, que D.^a Estefanía se había llevado cuanto en el baul tenía, sin dejarme en él sino un solo vestido de camino. Aquí fué ello, aquí me tuvo de nuevo Dios de su mano: fuí á ver mi baul, y halléle abierto, y como sepultura que esperaba cuerpo difunto, y á buena razón había de ser el mio, si yo tuviera entendimiento para saber sentir y ponderar tamaña desgracia. Bien grande fué, dijo á esta sazón el licenciado Peralta, haberse llevado D.^a Estefanía tanta cadena y tanto cintillo; que como suele decirse, todos los duelos, etc. Ninguna pena me dió esa falta, respondió el alférez, pues tambien podré decir: Pensóse D. Simueque que me engañaba con su hija la tuerta, y por el Dio, contrechó soy de un lado. No sé á qué propósito puede vuesa merced decir eso, respondió Peralta. El propósito es, respondió el alférez, de que toda aquella balumba y aparato de cadenas, cintillos y brincos, podía valer hasta diez ó doce escudos. Eso no es posible, replicó el licenciado, porque la que el señor alférez traía al cuello, mostraba pesar mas de docientos ducados. Así fuera, respondió el alférez, si la verdad respondiera al parecer; pero como no es todo oro lo que reluce, las cadenas, cintillos, joyas, brincos, con solo ser de alquimia se contentaron, pero estaban tan bien hechas, que solo el toque ó el fuego podía descubrir su malicia. Desta manera, dijo el licenciado, entré vuesa merced y la señora D.^a Estefanía, pata es la traviesa. Y tan pata, respondió el alférez, que podemos volver á barajar; pero el daño está, señor licenciado, en que ella se podrá deshacer de mis cadenas, y yo no de la falsa de su término; y en efecto, mal que me pese es prenda mia. Dad gracias á Dios, señor Campuzano, dijo Peralta, que fué prenda con piés, y que se os ha ido, y que no estáis obligado á buscarla. Así es, respondió el alférez; pero con todo esto, sin que la busque la hallo siempre en la imaginación, y adonde quiera que estoy tengo mi afrenta presente. No sé qué responderos, dijo Peralta, sino es traeros á la memoria dos versos de Petrarca, que dicen:

*Che chi prende diletto di far frode,
Non s'ha di lamentar s'altro l'inganna.*

Que responden en nuestro castellano: Que el que tiene costumbre y gusto de engañar á otro, no se debe quejar cuando es engañado. Yo no me quejo, respondió el alfé-

rez, sino lastímome: que el culpado, no por conocer su culpa, deja de sentir la pena del castigo: bien veo que quise engañar y fui engañado, porque me hirieron por mis propios filos; pero no puedo tener tan á raya el sentimiento, que no me queje de mí mismo. Finalmente, por venir á lo que hace mas al caso á mi historia (que este nombre se le puede dar al cuento de mis sucesos), digo que supe que se había llevado á D.^a Estefanía el primo que dije que se halló á nuestros desposorios, el cual de luengos tiempos atras era su amigo á todo ruedo: no quise buscarla, por no hallar el mal que me faltaba: mudé posada, y mudé el pelo dentro de pocos días; porque comenzaron á pelárseme las cejas y las pestañas, y poco á poco me dejaron los cabellos, y ántes de edad me hice calvo, dándome una enfermedad que llaman lupicia; y por otro nombre mas claro la pelarela: halléme verdaderamente hecho pelon; porque ni tenía barbas que peinar, ni dineros que gastar: fué la enfermedad caminando al paso de mi necesidad, y como la pobreza atrópella á la honra, y á unos lleva á la horca, y á otros al hospital, y á otros les hace entrar por las puertas de sus enemigos con ruegos y sumisiones, que es una de las mayores miserias que puede suceder á un desdichado, por no gastar en curarme los vestidos que me habían de cubrir y honrar en salud, llegado el tiempo en que se dan los sudores en el hospital de la Resurrección, me entré en él, donde he tomado cuarenta sudores: dicen que quedaré sano, si me guardo: espada tengo, lo demas Dios lo remedie. Ofreciósele de nuevo el licenciado, admirándose de las cosas que le había contado. Pues de poco se maravilla vuesa merced, señor Peralta, dijo el alférez, que otros sucesos me quedan por decir que exceden á toda imaginación, pues van fuera de todos los términos de naturaleza: no quiera vuesa merced saber mas, sino que son de suerte que doy por bien empleadas todas mis desgracias, por haber sido parte de haberme puesto en el hospital, donde vi lo que ahora diré, que es lo que ahora ni nunca vuesa merced podrá creer, ni habrá persona en el mundo que lo crea. Todos estos preámbulos y encarecimientos, que el alférez hacía ántes de contar lo que había visto, encendían el deseo de Peralta, de manera que con no menores encarecimientos le pidió que luego luego le dijese las maravillas que le quedaban por decir.

Ya vuesa merced habrá visto, dijo el alférez, dos perros que con dos linternas andan de noche con los hermanos de la Capacha, alumbrándoles cuando piden limosna. Si he visto, respondió Peralta. Tambien habrá visto ó oído vuesa merced, dijo el alférez, lo que de ellos se cuenta, que si acaso echan limosna de las ventanas y se cae en el suelo, ellos acuden luego á alumbrar, á buscar lo que se cae, y se paran delante de las ventanas, donde saben que tienen costumbre de darles limosna, y con ir allí con tanta mansedumbre, que mas parecen corderos que perros, en el hospital son unos leones; guardando la casa con grande cuidado y vigilancia. Yo he oído decir, dijo Peralta, que todo es así; pero eso no me puede ni debe causar maravilla. Pues lo que ahora diré dellos, dijo el alférez, es razón que la cause, y que sin hacerse cruces, ni alegar imposibles ni dificultades, vuesa merced se acomode á creerlo; y es que yo oi y casi vi con mis ojos á estos dos perros, que el uno se llamaba Cipion, el otro Berganza, estar

una noche, que fué la penúltima que acabé de sudar, echados detras de mi cama en unas esteras viejas, y á la mitad de aquella noche, estando á oscuras y desvelado, pensando en mis pasados sucesos y presentes desgracias, oí hablar allí junto, y estuve con atento oído escuchando, por ver si podia venir en conocimiento de los que hablaban, y de lo que hablaban, y á poco rato vine á conocer, por lo que hablaban, los que hablaban, que eran los dos perros Cipion y Berganza. Apenas acabó de decir esto Campuzano, cuando levantándose el licenciado, dijo: Vuesa merced quede mucho en buen hora, señor Campuzano, que hasta aquí estaba en duda si creeria ó no lo que de su casamiento me habia contado; y esto que ahora me cuenta de que oyó hablar los perros, me ha hecho declarar por la parte de no creelle ninguna cosa: por amor de Dios, señor alférez, que no cuente estos disparates á persona alguna, si ya no fuere á quien sea tan su amigo como yo. No me tenga vuesa merced por tan ignorante, replicó Campuzano, que no entienda que, si no es por milagro, no pueden hablar los animales: que bien sé que si los tordos, picazas y papagayos hablan, no son sino las palabras que aprenden y toman de memoria, y por tener la lengua estos animales cómoda para poder pronunciarlas; mas no por esto pueden hablar y responder con discurso concertado, como estos perros hablaban; y así muchas veces despues que los oí, yo mismo no he querido dar crédito á mi mismo, y he querido tener por cosa soñada lo que realmente estando despierto con todos mis cinco sentidos, tales cuales nuestro Señor fué servido dármelos, oí, escuché, noté, y finalmente escribí sin faltar palabra por su concierto, de donde se puede tomar indicio bastante que mueva y persuada á creer esta verdad que digo: las cosas de que trataron fueron grandes y diferentes, y mas para ser tratadas por varones sabios, que para ser dichas de bocas de perros: así que, pues yo no las pude inventar de mio, á mi pesar y contra mi opinion vengo á creer que no soñaba, y que los perros hablaban. ¡Cuerpo de mi!, replicó el licenciado, si se nos ha vuelto el tiempo de Maricastaña, cuando hablaban las calabazas, ó el de Esopo, cuando departia el gallo con la zorra y unos animales con otros! Uno dellos sería yo y el mayor, replicó el alférez, si creyese que ese tiempo ha vuelto, y aun tambien lo sería, si dejase de creer lo que oí y lo que vi, y lo que me atreveré á jurar con juramento que obligue y aun fuerce á que lo crea la misma incredulidad; pero puesto caso que me haya engañado y que mi verdad sea sueño, y el porfiarla disparate, ¿no se holgara vuesa merced, señor Peralta, de ver escritas en un coloquio las cosas que estos perros, ó sean quien fueren, hablaron? Como vuesa merced, replicó el licenciado, no se canse mas en persuadirme que oyó hablar á los perros, de muy buena gana oiré ese coloquio, que por ser escrito y notado del buen ingenio del señor alférez, ya le juzgo por bueno. Pues hay en esto otra cosa, dijo el alférez, que como yo estaba tan atento y tenia delicado el juicio, delicada, sutil y desocupada la memoria (merced á las muchas pasas y almendras que habia comido), todo lo tomé de coro, y casi por las mismas palabras que habia oido, lo escribí otro día, sin buscar colores retóricas para adornarlo, ni que añadir ni quitar, para hacerle gustoso. No fué una noche sola la plática, que fueron dos consecutivamente, aunque yo no tengo escrita mas de una, que es la vida de Berganza; y la del compañero Cipion pienso escribir (que fué la que se contó la noche segunda) cuando viere ó que esta que se crea, ó á lo ménos no se desprecie: el coloquio traigo en el seno; púselo en forma de coloquio, por aborrar de *dijo Cipion, respondió Berganza*, que suele alargar la escritura. Y en diciendo esto, sacó del pecho un cartapacio, y le puso en las manos del licenciado, el cual le tomó riyéndose, y como haciendo burla de todo lo que habia oido, y de lo que pensaba leer. Yo me recuesto, dijo el alférez, en esta silla, en tanto que vuesa merced leesi quiere esos sueños ó disparates, que no tienen otra cosa de bueno, sino es el poderlos dejar cuando enfaden. Haga vuesa merced su gusto, dijo Peralta, que yo con brevedad me despediré desta letura. Recostóse el alférez, abrió el licenciado el cartapacio, y en el principio vió que estaba puesto este titulo.

COLOQUIO QUE PASÓ ENTRE CIPION Y BERGANZA,

PERROS DEL HOSPITAL DE LA RESURRECCION,

QUE ESTÁ EN LA CIUDAD DE VALLADOLID, FUERA DE LA PUERTA DEL CAMPO, Á QUIEN COMUNMENTE LLAMAN LOS PERROS DE MAHUDES.

Cipion. Berganza amigo, dejemos esta noche el hospital en guarda de la confianza, y retirémonos á esta soledad y entre estas esteras, donde podremos gozar sin ser sentidos desta no vista merced que el cielo en un mismo punto á los dos nos ha hecho.

Berganza. Cipion hermano, óyote hablar, y sé que te hablo, y no puedo creerlo, por parecerme que el hablar nosotros pasa de los términos de naturaleza.

Cip. Así es la verdad, Berganza, y viene á ser mayor este milagro, en que no solamente hablamos, sino en que hablamos con discurso, como si fuéramos capaces de razon, estando tan sin ella, que la diferencia que hay del animal bruto al hombre, es ser el hombre animal racional, y el bruto irracional.

Berg. Todo lo que dices, Cipion, entiendo, y el de-

cirlo tú y entenderlo yo, me causa nueva admiracion y nueva maravilla; bien es verdad, que en el discurso de mi vida, diversas y muchas veces he oido decir grandes prerogativas nuestras, tanto que parece que algunos han querido sentir que tenemos un natural distinto, tan vivo y tan agudo en muchas cosas, que da indicios y señales de faltar poco para mostrar que tenemos un no sé qué de entendimiento, capaz de discurso.

Cip. Lo que yo he oido alabar y encarecer, es nuestra mucha memoria, el agradecimiento y gran fidelidad nuestra, tanto que nos suelen pintar por simbolo de la amistad; y así habrás visto (si has mirado en ello) que en las sepulturas de alabastro, donde suelen estar las figuras de los que allí están enterrados, cuando son marido y mujer, ponen entre los dos, á los piés, una figura

de perro, en señal que se guardaron en la vida amistad y fidelidad inviolable.

Berg. Bien sé que ha habido perros tan agradecidos, que se han arrojado con los cuerpos difuntos de sus amos en la misma sepultura: otros han estado sobre las sepulturas donde estaban enterrados sus señores, sin apartarse dellas, sin comer hasta que se les acababa la vida: sé tambien que despues del elefante, el perro tiene el primer lugar de parecer que tiene entendimiento: luego el caballo, y el último la jimia.

Cip. Así es; pero bien confesarás que ni has visto ni oido decir jamas que haya hablado ningun elefante, perro, caballo ó mona: por donde me doy á entender que este nuestro hablar tan de improviso, cae debajo del número de aquellas cosas que llaman portentos, las cuales cuando se muestran y parecen, tiene averiguado la experiencia que alguna calamidad grande amenaza á las gentes.

Berg. Desá manera no haré yo mucho en tener por señal portentosa lo que oí decir los dias pasados á un estudiante, pasando por Alcalá de Henáres.

Cip. ¿Qué le oiste decir?

Berg. Que de cinco mil estudiantes que cursaban aquel año en la universidad, los dos mil oían medicina.

Cip. Pues ¿qué vienes á inferir deso?

Berg. Infero, ó que estos dos mil médicos han de tener enfermos que curar (que sería harta plaga y mala ventura), ó ellos se han de morir de hambre.

Cip. Pero sea lo que fuere, nosotros hablamos, sea portento ó no, que lo que el cielo tiene ordenado que suceda, no hay diligencia ni sabiduría humana que lo pueda prevenir: y así no hay para qué ponernos á disputar nosotros cómo ó por qué hablamos: mejor será que este buen dia ó buena noche la metamos en nuestra casa, y pues la tenemos tan buena en estas esteras, y no sabemos cuánto durará esta nuestra ventura, sepamos aprovecharnos della, y hablemos toda esta noche, sin dar lugar al sueño que nos impida este gusto, de mi por largos tiempos deseado.

Berg. Y aun de mí, que desde que tuve fuerzas para roer un hueso, tuve deseo de hablar para decir cosas que depositaba en la memoria, y allí de antiguas y muchas, ó se enmohecian, ó se me olvidaban; empero ahora, que tan sin pensarlo me veo enriquecido deste divino don de la habla, pienso gozarle y aprovecharme dél lo mas que pudiere, dándome priesa á decir todo aquello que se me acordare, aunque sea atropellada y confusamente, porque no sé cuándo me volverán á pedir este bien, que por prestado tengo.

Cip. Sea esta la manera, Berganza amigo, que esta noche me cuentes tu vida, y los trances por donde has venido al punto en que ahora te hallas; y si mañana en la noche estuviéremos con habla, yo te contaré la mia, porque mejor será gastar el tiempo en contar las propias, que en procurar saber las ajenas vidas.

Berg. Siempre, Cipion, te he tenido por discreto y por amigo, y ahora mas que nunca, pues como amigo quieres decirme tus sucesos y saber los míos, y como discreto has repartido el tiempo, donde podamos manifestarnos; pero advierte primero, si nos oye alguno.

Cip. Ninguno, á lo que creo, puesto que aquí cerca está un soldado tomando sudores; pero en esta sazón mas estará para dormir que para ponerse á escuchar á nadie.

Berg. Pues si puedo hablar con ese seguro, escucha, y si te cansare lo que te fuere diciendo, ó me reprende, ó manda que calle.

Cip. Habla hasta que amanezca, ó hasta que seamos sentidos, que yo te escucharé de muy buena gana, sin impedirte, sino cuando viere ser necesario.

Berg. Paréceme que la primera vez que vi el sol, fué en Sevilla, y en su matadero, que está fuera de la puerta de la Carne; por donde imaginara (si no fuera por lo que despues diré) que mis padres debieron de ser alanos de aquellos que crian los ministros de aquella confusión, á quien llaman jiferos: el primero que conocí por amo, fué uno llamado Nicolas el Romo, mozo robusto, doblado y colérico, como lo son todos aquellos que ejercitan la jifería: este tal Nicolas me enseñaba á mí y á otros cachorros, á que en compañía de alanos viejos arremetiésemos á los toros, y les hiciésemos presa de las orejas: con mucha facilidad salí un águila en esto.

Cip. No me maravillo, Berganza, que como el hacer mal viene de natural cosecha, fácilmente se aprende el hacerle.

Berg. ¿Qué te diria, Cipion hermano, de lo que vi en aquel matadero, y de las cosas exorbitantes que en él pasan? Primero has de presuponer, que todos cuantos en él trabajan, desde el menor hasta el mayor, es gente ancha de conciencia, desalmada, sin temer al rey ni á su justicia: los mas amancebados: son aves de rapiña carniceras: mantiéense ellos y sus amigos de lo que hurtan: todas las mañanas que son dias de carne, ántes que amanezca están en el matadero gran cantidad de mujercillas y muchachos, todos con talegas, que viniendo vacías, vuelven llenas de pedazos de carne, y las criadas con criadillas y lomos medio enteros: no hay res alguna que se mate, de quien no lleve esta gente diezmos y primicias de lo mas sabroso y bien parado; y como en Sevilla no hay obligado de la carne, cada uno puede traer la que quisiere, y la que primero se mata ó es la mejor, ó la de mas baja postura; y con este concierto hay siempre mucha abundancia: los dueños se encomiendan á esta buena gente que he dicho, no para que no les hurten (que esto es imposible), sino para que se moderen en las tajadas y socaliñas que hacen en las reses muertas, que las escamondan y podan, como si fuesen sauces ó parras; pero ninguna cosa me admiraba mas ni me parecia peor, que el ver que estos jiferos con la misma facilidad matan á un hombre, que á una vaca; por quitame allá esa paja, á dos por tres, meten un cuchillo de cachas amarillas por la barriga de una persona, como si acocotasen un toro: por maravilla se pasá dia sin pendencias y sin heridas, y á veces sin muertes: todos se pican de valientes, y aun tienen sus puntas de rufianes: no hay ninguno que no tenga su ángel de guarda en la plaza de San Francisco, granjeado con lomos y lenguas de vaca: finalmente, oí decir á un hombre discreto, que tres cosas tenia el rey por ganar en Sevilla: la calle de la Caza, la Costanilla y el Matadero.

Cip. Si en contar las condiciones de los amos que nas tenido y las faltas de sus oficios, te has de estar, amigo Berganza, tanto como esta vez, menester será pedir al cielo nos conceda la habla siquiera por un año, y aun temo que al paso que llevas, no llegarás á la mitad de tu historia: y quíerote advertir de una cosa, de la

cual verás la experiencia cuando te cuente los sucesos de mi vida; y es que los cuentos unos encierran y tienen la gracia en ellos mismos, otros en el modo de contarlos: quiero decir, que algunos hay, que aunque se cuentan sin preámbulos y ornamentos de palabras, dan contento; otros hay, que es menester vestirlos de palabras, y con demostraciones del rostro y de las manos, y con mudar la voz se hacen algo de nonada, y de flojos y desmayados se vuelven agudos y gustosos; y no se te olvide este advertimiento para aprovecharte dél en lo que te queda por decir.

Berg. Yo lo haré así, si pudiere, y si me da lugar la grande tentacion que tengo de hablar, aunque me parece que con grandísima dificultad me podré ir á la mano.

Cip. Vete á la lengua, que en ella consisten los mayores daños de la humana vida.

Berg. Digo pues que mi amo me enseñó á llevar una espuerta en la boca, y á defenderla de quien quitármela quisiese: enseñóme tambien la casa de su amiga, y con esto se excusó la venida de su criada al matadero, porque yo le llevaba las madrugadas lo que él había hurtado las noches: y un día, que entre dos luces iba yo diligente á llevarle la porción, oí que me llamaban por mi nombre desde una ventana; alcé los ojos, y vi una moza hermosa en extremo; detúveme un poco, y ella bajó á la puerta de la calle, y me tornó á llamar: lleguéme á ella como si fuera á ver lo que me quería, que no fué otra cosa que quitarme lo que llevaba en la cesta, y ponerme en su lugar un chapin viejo: entónces dije entre mí: la carne se ha ido á la carne. Díjome la moza en habiéndome quitado la carne: Andad, Gavilan, ó como os llamais, y decid á Nicolas el Romo, vuestro amo, que no se fie de animales, y que del lobo un pelo, y ese de la espuerta. Bien pudiera yo volver á quitar lo que me quitó, pero no quise, por no poner mi boca jifera y sucia en aquellas manos limpias y blancas.

Cip. Hiciste muy bien, por ser prerogativa de la hermosura, que siempre se le tenga respeto.

Berg. Así lo hice yo, y así me volví á mi amo sin la porción, y con el chapin: parecióle que volví presto, vió el chapin, imaginó la burla, sacó uno de cachas, y tiróme una puñalada, que á no desviarme, nunca tú oyeras ahora este cuento, ni aun otros muchos que pienso contarte. Puse piés en polvorosa, y tomando el camino en las manos y en los piés por detras de San Bernardo, me fui por aquellos campos de Dios, adonde la fortuna quisiese llevarme. Aquella noche dormí al cielo abierto, y otro día me deparó la suerte un hato ó rebaño de ovejas y carneros: así como le vi, creí que había hallado en él el centro del reposo, pareciéndome ser propio y natural oficio de los perros guardar ganado, que es obra donde se encierra una virtud grande, como es amparar y defender de los poderosos y soberbios los humildes y los que poco pueden. Apenas me hubo visto uno de tres pastores que el ganado guardaban, cuando diciendo, to to, me llamó, y yo, que otra cosa no deseaba, me llegué á él, bajando la cabeza y meneando la cola: trújome la mano por el lomo, abrióme la boca, escupióme en ella, miróme las presas, conoció mi edad, y dijo á otros pastores, que yo tenía todas las señales de ser perro de casta. Llegó á este instante el señor del ganado sobre una yegua rucia á la gineta, con lanza y adar-

ga, que mas parecia atajador de la costa, que señor de ganado: preguntó al pastor: ¿Qué perro es este, que tiene señales de ser bueno? Bien lo puede vuesa merced creer, respondió el pastor, que yo le he cotejado bien, y no hay señal en él que no muestre y prometa que ha de ser un gran perro: agora se llegó aquí, y no sé cuyo sea, aunque sé que no es de los rebaños de la redonda. Pues así es, respondió el señor, pónle luego el collar de Leoncillo, el perro que se murió, y déle la racion que á los demas, y acaríale todo cuanto pudieres, porque tome cariño al hato, y se quede de hoy adelante en él. En diciéndo esto se fué, y el pastor me puso luego al cuello unas carlancas llenas de puntas de acero, habiéndome dado primero en un dornajo gran cantidad de sopas en leche, y asimismo me puso nombre, y me llamó Barcino. Vime harto y contento con el segundo amo, y con el nuevo oficio: mostréme solícito y diligente en la guarda del rebaño, sin apartarme dél sino las siestas que me iba á pasarlas ó ya á la sombra de algun árbol, ó de algun ribazo, ó peña, ó á la de alguna mata, ó á la margen de algun arroyo de los muchos que por allí corrian; y estas horas de mi sosiego no las pasaba ociosas, porque en ellas ocupaba la memoria en acordarme de muchas cosas, especialmente en la vida que había tenido en el matadero, y en la que tenía mi amo, y todos los que como él están sujetos á cumplir los gustos impertinentes de sus amigas: ¡oh qué de cosas te pudiera decir ahora, de las que aprendí en la escuela de aquella jifera dama de mi amo! pero habrélas de callar, porque no me tengas por largo y por murmurador.

Cip. Por haber oído decir que dijo un gran poeta de los antiguos, que era difícil cosa el escribir sátiras, consentiré que murmures un poco de luz y no de sangre; quiero decir, que señales, y no hieras ni des mate á ninguno en cosa señalada: que no es buena la murmuracion, aunque haga reir mucho, si mata á uno; y si puedes agradar sin ella, te tendré por muy discreto.

Berg. Yo tomaré tu consejo y esperaré con gran deseo que llegue el tiempo en que me cuentes tus sucesos; que de quien tan bien sabe conocer y enmendar los defectos que tengo en contar los míos, bien se puede esperar que contará los suyos de manera que enseñen y deleiten á un mismo punto. Pero anudando el roto hilo de mi cuento, digo, que en aquel silencio y soledad de mis siestas, entre otras cosas consideraba que no debía de ser verdad lo que había oído contar de la vida de los pastores, á lo ménos de aquellos que la dama de mi amo leía en unos libros cuando yo iba á su casa, que todos trataban de pastores y pastoras, diciendo que se les pasaba toda la vida cantando y tañendo con gaitas, zamponas, rabelles y churumbelas, y con otros instrumentos extraordinarios: deteníame á oírle leer, y leía cómo el pastor de Anfriso cantaba extremada y divinamente, alabando á la sin par Belisarda, sin haber en todos los montes de Arcadia árbol en cuyo tronco no se hubiese sentado á cantar desde que salía el sol en los brazos del Aurora, hasta que se ponía en los de Tétis; y aun despues de haber tendido la negra noche por la faz de la tierra sus negras y oscuras alas, él no cesaba de sus bien cantadas y mejor lloradas quejas: no se le quedaba entre renglones el pastor Elicio, mas enamorado que atrevido, de quien decía que sin atender á sus amores ni á su ganado, se entraba en los cuidados ajenos: decía tambien que el

gran pastor de Filida, único pintor de un retrato, había sido mas confiado que dichoso: de los desmayos de Sireno y arrepentimiento de Diana, decía que daba gracias á Dios y á la sabia Felicia, que con su agua encantada deshizo aquella máquina de enredos, y aclaró aquel laberinto de dificultades: acordábase de otros muchos libros que de este jaez le había oído leer, pero no eran dignos de traerlos á la memoria.

Cip. Aprovechándote vas, Berganza, de mi aviso; murmura, pica, y pasa, y sea tu intencion limpia, aunque la lengua no lo parezca.

Berg. En estas materias nunca tropieza la lengua, si no cae primero la intencion; pero si acaso por descuido ó por malicia murmurare, responderé á quien me reprendiere, lo que respondió Mauleon, poeta tonto, y académico de burla de la academia de los Imitadores, á uno que le preguntó qué quería decir *Deum de Deo*, y respondió que: dé donde diere.

Cip. Esta fué respuesta de un simple; pero tú, si eres discreto ó lo quieres ser, nunca has de decir cosa de que debas dar disculpa: di adelante.

Berg. Digo que todos los pensamientos que he dicho, y muchos mas, me causaron ver los diferentes tratos y ejercicios que mis pastores y todos los demas de aquella marina tenían, de aquellos que había oído leer que tenían los pastores de los libros; porque si los míos cantaban, no eran canciones acordadas y bien compuestas, sino un *cata el lobo, do va Juanica*, y otras cosas semejantes, y esto no al son de churumbelas, rabeles ó gaitas, sino al que hacia el dar un cayado con otro ó al de algunas tejuelas puestas entre los dedos, y no con voces delicadas, sonoras y admirables, sino con voces roncadas, que solas ó juntas parecia, no que cantaban, sino que gritaban ó gruñian: lo mas del día se les pasaba espulgándose ó remendándose sus abaracas: ni entre ellos se nombraban Amarilis, Filidas, Galateas y Dianas, ni había Lisardos, Lausos, Jacintos ni Riselos; todos eran Antonos, Domingos, Pablos ó Llorentes; por donde vine á entender lo que pienso que deben de creer todos, que todos aquellos libros son cosas soñadas y bien escritas para entretenimiento de los ociosos, y no verdad alguna: que á serlo, entre mis pastores hubiera alguna reliquia de aquella felicísima vida y de aquellos amenos prados, espaciosas selvas, sagrados montes, hermosos jardines, arroyos claros y cristalinas fuentes, y de aquellos tan honestos cuanto bien declarados requiebros, y de aquel desmayarse aquí el pastor, allí la pastora, acullá resonar la zampona del uno, acá el caramillo del otro.

Cip. Basta, Berganza, vuelve á tu senda, y camina.

Berg. Agradézcoleto, Cipion amigo, porque si no me avisaras, de manera se me iba calentando la boca, que no parara hasta pintarte un libro entero destes que me tenían engañado; pero tiempo vendrá en que lo diga todo con mejores razones y con mejor discurso que ahora.

Cip. Mirate á los piés, y desharrás la rueda, Berganza: quiero decir que mires que eres un animal que carece de razon, y si ahora muestras tener alguna, ya hemos averiguado entre los dos ser cosa sobrenatural y jamas vista.

Berg. Eso fuera así, si yo estuviera en mi primera ignorancia; mas ahora que me ha venido á la memoria lo que te había de haber dicho al principio de nuestra plá-

tica, no solo no me maravillo de lo que hablo, pero espantomé de lo que dejo de hablar.

Cip. Pues ahora ¿no puedes decir lo que ahora se te acuerda?

Berg. Es una cierta historia que me pasó con una grande hechicera, discipula de la Camacha de Montilla.

Cip. Digo que me la cuentes ántes que pases mas adelante en el cuento de tu vida.

Berg. Eso no haré yo por cierto hasta su tiempo; ten paciencia, y escucha por su orden mis sucesos, que así te darán mas gusto, si ya no te fatiga querer saber los medios ántes de los principios.

Cip. Sé breve, y cuenta lo que quisieres y como quisieres.

Berg. Digo pues, que yo me hallaba bien con el oficio de guardar ganado, por parecerme que comia el pan de mi sudor y trabajo, y que la ociosidad, raiz y madre de todos los vicios, no tenia que ver conmigo, á causa que si los dias holgaba, las noches no dormía, dándonos asaltos á menudo, y tocándonos al arma los lobos; y apenas me habían dicho los pastores, al lobo, Barcino, cuando acudia primero que los otros perros á la parte que me señalaban que estaba el lobo: corria los valles, escudriñaba los montes, desentrañaba las selvas, saltaba barrancos, cruzaba caminos, y á la mañana volvía al hato, sin haber hallado lobo ni rastro dél, anhelando, cansado, hecho pedazos y los piés abiertos de los garranchos, y hallaba en el hato, ó ya una oveja muerta, ó un carnero degollado y medió comido del lobo: desesperábame de ver de cuán poco servia mi mucho cuidado y diligencia; venía el señor del ganado, salian los pastores á recibirle con las pieles de la res muerta: culpaba á los pastores por negligentes, y mandaba castigar á los perros por perezosos: llovian sobre nosotros palos, y sobre ellos reprensiones; y así viéndome un día castigado sin culpa, y que mi cuidado, lijereza y braveza no eran de provecho para coger el lobo, determiné de mudar estilo, no desviándome á buscarle, como tenia de costumbre, lejos del rebaño, sino estarme junto á él, que pues el lobo allí venía, allí sería mas cierta la presa: cada semana nos tocaban á rebato, y en una escurísima noche tuve yo vista para ver los lobos, de quien era imposible que el ganado se guardase: agachéme detras de una mata, pasaron los perros mis compañeros adelante, y desde allí oteé y vi que dos pastores asieron de un carnero de los mejores del aprisco, y le mataron de manera que verdaderamente pareció á la mañana que había sido su verdugo el lobo: pasméme, quedé suspenso cuando vi que los pastores eran los lobos, y que despedazaban el ganado los mismos que le habían de guardar. Al punto hacian saber á su amo la presa del lobo, dábanle el pellejo y parte de la carne, y comíanse ellos lo mas y lo mejor: volvía á reñirles el señor, y volvía tambien el castigo de los perros: no había lobos, menguaba el rebaño: quisiera yo descubriello, hallábame mudo: todo lo cual me traía lleno de admiracion y de congoja: ¡Válame Dios! decía entre mí, ¿quién podrá remediar esta maldad? ¿quién será poderoso á dar á entender que la defensa ofende, que las centinelas duermen, que la confianza roba, y que el que os guarda os mata?

Cip. Y deciais muy bien, Berganza, porque no hay mayor ni mas sutil ladrón que el doméstico, y así mueren muchos mas de los confiados que de los recatados;